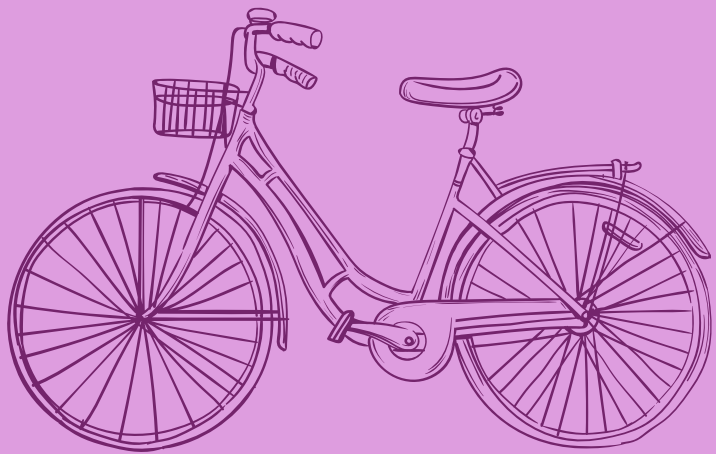
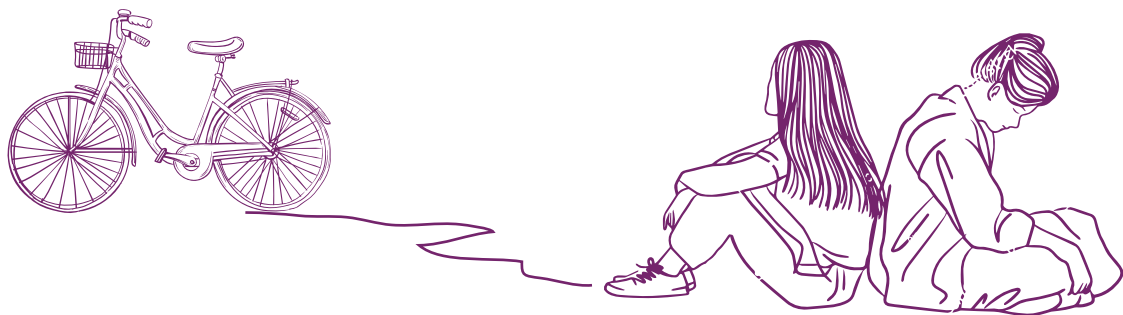


# La bicicleta roja

María Belén Cabrera Perdomo







Era el Día de Reyes,  
yo tenía 12 años.

A mi hermano, los Reyes Magos le trajeron  
una bicicleta azul.  
A mí, me trajeron una bicicleta roja.

Mi hermano estaba muy contento.  
Mi padre, aún más que él.

Yo estaba sorprendida,  
y mi madre estaba triste.  
Me miró y empecé a llorar.

Ese día tan especial se convirtió en un día triste.

Años más tarde, me regaló una moto grande.  
Si ya de pequeña no quería la bicicleta  
y no sabía llevarla,  
¿para qué quería yo una moto?  
Cuando me subía,  
¡ni siquiera me llegaban los pies al suelo!

No entendía por qué me hacía eso.  
Se supone que yo era su niña bonita,  
que me trataba mejor a mí.  
Eso decía mi madre.

La verdad es que encontré una forma  
de sobrevivir a sus ataques:  
llorar, llorar y llorar.  
Así, le daba un poco de lástima.

A pesar de todo, me encanta el Día de Reyes.  
Disfruto haciendo regalos.  
Mi madre dice  
que doy todo lo que tengo,  
como si tuviera un agujero en las manos.

Me gusta dedicar mi tiempo a buscar las cosas que podrían gustar a los demás.

Vamos, lo que no hicieron conmigo cuando me compraron aquella bicicleta y aquella moto.

La gente me pregunta cómo es posible que cuente mi historia con alegría y humor.

Esto se debe a que tengo el sentido del humor de mi padre. Tengo ese **don** para hacer reír.

Un **don** es una habilidad extraordinaria para hacer una actividad.

Mi padre era capaz de hacernos reír, aunque estuviéramos amenazados y tuviésemos miedo de su tono de voz, de sus acelerones cuando aparcaba el coche y de su manera de silbar para llamarnos.

Creo que mi padre era hombre bueno,  
pero también era un hombre malo:  
las 2 cosas a la vez.

Con el tiempo, tras pensarlo mucho,  
he llegado a sentir lástima por él  
y a comprenderlo.  
Era un hombre perdido,  
su infancia fue mucho más terrible que la nuestra.

Mi madre me salvó.  
Llevábamos muchos años así,  
ya no podíamos aguantar más.

Cuando yo tenía 18 años recién cumplidos,  
por fin, ella lo denunció.  
Desde pequeña,  
deseaba y temía la llegada de ese día:  
la llegada de la Guardia Civil,  
la entrega de la denuncia  
y nos quedamos solos de nuevo.

Mi padre echa a mi madre de casa  
y no la deja llevarse nada.

Nosotros nos quedamos callados.  
Tenemos mucho miedo.  
Tenemos dudas.  
Hay muchas preguntas sin respuesta.

En ese tiempo, mi hermano y yo  
nos quedamos con él.  
Era imposible hablar en esa casa.  
Solo había amenazas:

–Si **testificas** en mi contra,  
ya no serás mi hija.  
Te irás de aquí –me decía.

Y eso fue lo que pasó.  
Testifiqué y me fui de casa.  
Pero no me fui lejos:  
solo 4 casas más abajo en la misma calle.

**Testificar** es declarar  
como **testigo** en un juicio.  
Un testigo es una persona  
que sabe que ha pasado algo,  
por ejemplo, un delito,  
porque lo ha visto en persona.

Pasó el tiempo y pudimos ver  
a mi madre a escondidas.  
Ella estaba delgada, con la piel amarilla  
y muy cansada.

Vivía en una **Casa de Acogida**  
y la estaban ayudando hasta el día del juicio.

Una **Casa de Acogida** es un lugar  
en el que se acoge por un tiempo a mujeres y sus hijas e hijos  
víctimas de **violencia de género**.

La **violencia de género**  
es la violencia física o emocional  
que sufre una mujer por parte de un hombre  
por el hecho de ser mujer.

Imagino que, como ya éramos mayores,  
no podíamos irnos con ella.  
Nosotros teníamos que seguir aguantando.

Mi madre ganó el juicio  
y mi padre tuvo que irse de casa.



Mi madre volvió, pero ya no era la misma.  
Estaba destrozada y hundida.

Pero es una mujer valiente, siempre lo ha sido.

Primero luchó por sus hijos y por su dignidad.  
Ahora, sigue luchando por ella misma.  
Por fin cree que es una mujer con derecho a vivir.

Yo sigo marcada por la infancia.  
Fue una infancia dura,  
pero también tuvo cosas buenas.

Siempre estaba refugiada en la calle  
o en las casas de mis amigas.  
Era mejor cualquier sitio  
que mi casa.

No quería estar en casa.  
Estar allí me recordaba lo diferentes que éramos.

Yo no quería ser diferente,  
quería ser una niña normal.

Yo quería tener un padre y una madre  
que se quisiesen y respetasen.

Quería tener a mi hermano cerca,  
pasear por la calle con tranquilidad y sin miedo.

En mi casa, nadie nos veía.  
En la calle, sentía vergüenza.  
Sentía vergüenza de esa realidad,  
de lo que las demás personas pudieran ver.

Todos hacíamos lo que podíamos para  
evitar la violencia.  
Pero la violencia pasa  
y deja una huella que no se puede borrar.

A pesar de todo, a veces nos reíamos.  
La risa nos salvó de hundirnos  
en nuestras miserias.

Nos ayudó a aprender.

Antes de cumplir los 6 años, viví días maravillosos  
con mi abuela Carmen y mis 8 tíos.

Fueron unas Navidades fantásticas.  
Las Navidades que recuerdo cada año:  
todos juntos y alegres,  
cantando villancicos en corro  
sobre la cama  
en la habitación de las chicas.



Recuerdo a mi abuela Carmen,  
que era muy grande y nos cantaba  
la canción **Estaba el señor Don Gato**  
para que durmiéramos la siesta.

**Estaba el señor Don Gato**

es una canción popular  
para niños y niñas que empieza así:

Estaba el señor Don Gato  
sentadito en su tejado  
marramamiau, miau, miau,  
sentadito en su tejado.

Mi abuela Carmen nos daba una mano a mí  
y otra a mi hermano.

Mi abuela Carmen nos daba un cariño muy grande,  
ese cariño inmenso que solo  
las abuelas saben dar a sus nietos.

Desde siempre, ella ha leído mucho  
sobre todo, novelas de amor de **Corín Tellado**.

**Corín Tellado**

fue una escritora asturiana  
muy famosa en España.  
Escribió muchas novelas,  
principalmente de amor.

Gracias a mi abuela Carmen,  
ahora leo mucho,  
y gracias a las novelas de Corín Tellado,  
ahora soy una persona muy romántica.

Recuerdo con cariño esas Navidades  
en los que no había muchos regalos,  
pero en las que estábamos muy unidos.

Hoy día, me empeño mucho  
en tener unas Navidades como las del pasado.

Aunque no todas las Navidades fueron buenas.  
Sufro al recordar aquellas Navidades terribles  
cuando mi padre nos dijo que nos íbamos con él.

Aunque yo era pequeña,  
me daba cuenta de que las cosas no estaban bien.  
Sabía que no era bueno para nadie.

Hoy día, siento esa tristeza.  
Siento esa tristeza de querer refugiarme  
en la calle o en otras casas,  
y no volver a la mía.

Mis tíos también me ayudaron mucho  
porque estaban cerca.  
No estaba sola.  
Ellos me enseñaron a jugar, a cantar y a leer.

Con mis tíos aprendí que hay personas buenas,  
que hay personas que te quieren sin hacerte daño.  
Aprendí que eso es el amor  
y que el amor es lo normal.

Ellos eran unos gamberros muy divertidos.

También recuerdo con cariño a mis 2 tías:  
una que era y sigue siendo mi peluquera,  
empeñada siempre en teñirme el pelo de rubio  
y la otra, **feminista** y rebelde.

Ella era **feminista**, es decir,  
defendía la igualdad de derechos  
entre mujeres y hombres.

Es normal que yo sea como soy.

Soy una mezcla de todas esas personas  
que han dado forma y color a mi vida:  
valiente como mi madre,  
divertida, responsable  
y fiestera como mis tíos.

Doy gracias a la vida,  
que me ha ayudado a ser así.

Me río de mí misma  
y sonrío ante los problemas.

Soy así, ni puedo ni quiero ser de otra forma.

Algún día llevaré bien esa bicicleta roja.  
Algún día lograré equilibrar mi vida,  
sin miedo a caerme.

